

PIERRE TOUBERT

EN LA EDAD MEDIA  
(Fuentes, estructuras, crisis)

*Traducción de Antonio Malpica Cuello,  
Rafael G. Peinado Santaella  
y Bilal Sarr*

GRANADA  
2016

## COLECCIÓN HISTORIA

**Director:** Rafael G. Peinado Santaella (catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Granada).

**Consejo Asesor:** Inmaculada Arias de Saavedra Alías (catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Granada); Antonio Caballos Rufino (catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla); James Casey (profesor emérito de la Universidad de East Anglia); José Fernández Ubiña (catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Granada); Miguel Gómez Oliver (catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada); Antonio Malpica Cuello (catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Granada); Miguel Molina Martínez (catedrático de Historia de América de la Universidad de Granada); Juan Sisinio Pérez Garzón (catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Castilla-La Mancha); Joseph Pérez (profesor emérito de la Universidad de Burdeos y director honorario de la Casa de Velázquez); Ofelia Rey Castelao (catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Santiago de Compostela); María Isabel del Val Valdivieso (catedrática de Historia Medieval de la Universidad de Valladolid).

---

La Editorial Universidad de Granada agradece a las instituciones y editoriales concernidas que hayan autorizado la reedición de los trabajos recopilados en este libro.

---

© PIERRE TOUBERT.  
© UNIVERSIDAD DE GRANADA.  
ISBN: 978-84-338-5878-8.  
Depósito legal: GR/239-2016.  
Edita: Editorial Universidad de Granada y  
Campus Universitario de Cartuja. Granada.  
Maquetación: CMD. Granada.  
Diseño de cubierta: Josemaría Medina Alvea.  
Imprime: Gráficas La Madraza, S. L. Albolote. Granada.  
*Printed in Spain* *Impreso en España*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

# I. LA HISTORIA TOTAL Y EL PROBLEMA DE LAS FUENTES

# ¿ES POSIBLE UNA HISTORIA TOTAL DE LA EDAD MEDIA?<sup>1</sup>

## INTRODUCCIÓN. HISTORIOGRAFÍA DEL PROBLEMA

La forma interrogativa del título subraya a la vez la aspiración actual hacia una historia total y la duda a menudo expresada respecto a la posibilidad de esa ambición. Antes de abordar, como es nuestro propósito esencial, el análisis de las razones que pueden inclinar al historiador actual a superar esa duda, conviene que regresemos muy brevemente al pasado para ver ante todo cómo se formó la aspiración a una historia total.

Aunque no pretendemos hacer un examen historiográfico en regla, nos parece que la historia comenzó a reivindicar una exigencia teórica a ser total a partir del momento en que, en la práctica, es decir, en el nivel del trabajo cotidiano del historiador, dejó precisamente de poder ser asumida de manera concreta como tal: o sea, en el siglo XIX. A partir de la época romántica, en efecto, se asistió a un doble movimiento. Por una parte, la Historia parecía entonces a todas las corrientes de pensamiento —desde las más conservadoras a las más avanzadas— como una vía regia capaz de conducir al corazón de los problemas e incluso

1. Este trabajo fue escrito en colaboración con Jacques Le Goff. Traducción de Rafael G. Peinado Santaella.

de indicar su solución: véase a Thiers y Guizot en Francia, a los hermanos Grimm y Karl von Hegel en Alemania, Manzoni en Italia. En la misma época, dos grandes historiadores que fueron contemporáneos exactos la definieron en los mismos términos. Para Michelet, como es sabido, era la «resurrección integral del pasado». Para Leopold von Ranke era la reconstrucción idealmente perfecta del acontecimiento en la espesura de la experiencia de la vida, del «*Gelebt wie eigentlich gelebt*». Tomemos estas dos citas tan rebatidas como la prueba en que se resume el objetivo totalitario que el historiador se atribuyó entonces por vez primera de manera explícita. Pero, de otra parte, en el momento mismo en que se formuló, esta voluntad parecía ya como utópica a un grupo nuevo que se constituyó como tal en el mundo intelectual: el de los especialistas de la Historia definida como especialidad. Desde que se planteó como ciencia, a mediados del siglo XIX, la Historia estuvo condenada al desglose, a la especialización, a la parcelación. Y ello, de mil maneras. Así, por ejemplo, para seguir con Michelet y Ranke, la «*Weltgeschichte*» se opuso en lo sucesivo a la «*Nationalgeschichte*». Emergieron actitudes mentales y conceptos nuevos. Convertido en una especie de Dr. Jekyll y Mr. Hyde, el historiador tuvo de buen grado una doble vida, repartida entre las exigencias de la erudición —o análisis— y las tentaciones de la reconstrucción global —o síntesis—. Los más ascéticos como Fustel de Coulanges estaban dispuestos incluso, según decían, a toda una vida de análisis a poco que se les concediera como recompensa diez minutos de síntesis.

Fue en Alemania donde la Historia conoció entonces la mayor popularidad, donde el historiador aceptó y favoreció la compartimentación más completa de los campos de investigación histórica. Si la Historia del Derecho, autónoma desde Friedrich Karl von Savigny y Karl von Hegel, siguió un camino bien nítido e independiente, la historia de las instituciones delimitó un dominio más abierto, en tanto que «*Verfassungsgeschichte*», con espíritus poderosos y originales como Otto von Gierke y Georg Ludwig von Maurer en Alemania, Jacques Flach y Pierre Imbart de la Tour en Francia. En el último tercio del siglo XIX, todas las gran-

des líneas de investigación estaban definidas y todo el territorio del historiador estaba marcado. Con August Meitzen y Robert Gradmann, en Alemania, Paul Vidal de la Blache y su escuela en Francia, la ocupación del suelo se convirtió en objeto histórico. Si Gradmann sentó los fundamentos de una especie de ecología retrospectiva que tiene sus prolongaciones en la «Wüstungsfor-chung» actual, Meitzen, a pesar de los presupuestos ideológicos que son conocidos, ofreció con su monumental «Siedlungsgeschichte» un modelo teórico preñado de vigor y novedad. Gracias al relevo de la historia agraria, la historia económica se desarrolló en la misma época. Tuvo su primera revista especializada desde 1903. Pero, desde los años 1880, pudo apoyarse en un balance de una sorprendente riqueza de métodos, resultados y logros conceptuales y sistemáticos. Así, el proceso de pulverización de la Historia al que se asistió hacia 1900 en función de los progresos mismos de la ciencia queda perfectamente ilustrado por los destinos de la historia económica. Karl Bücher y su escuela ofrecieron modelos de historia urbana de una gran audacia metodológica en el tratamiento de las fuentes cuantificables de los siglos XIV y XV. Los primeros intentos de dominar la historia demográfica aparecieron entonces. Historia agraria, historia urbana, historia demográfica —al menos en su forma naciente de «Bevölkerungsgeschichte»— reflejaban la extrema renovación de la disciplina. Entre las subespecialidades que a partir de entonces compusieron la historia económica, las pasarelas fueron más estrechas y menos seguras de lo que cabía esperar. Grandes especialistas de la historia urbana como Henri Pirenne, su fiel Georges Espinas, Arthur Giry y sus alumnos, mantuvieron finalmente relaciones más estrechas con los historiadores del derecho que con los especialistas de la economía rural. Fueron más sensibles a las teorías y a las controversias nacidas en torno a los orígenes del derecho de mercado o del derecho de asociación profesional que al progreso de la historia de los campos. De ahí la construcción de esquemas teóricos rígidos —el fenómeno fue muy nítido en el caso de Pirenne, por ejemplo— que se opusieron a una visión global de la economía medieval y que tendieron a promover una originalidad tan irreductible como mítica del hecho urbano.

La *historia regional*, tal como la concebía Karl Lamprecht en su admirable «*Wirtschaftsleben des Mittelalters*» en Alemania o la escuela de Vidal de la Blache en Francia, parecía ser a fin de cuentas el único freno a la parcelación del saber histórico. Es de justicia reconocer que fue en Alemania donde los progresos fueron más intensos, donde la compartimentación de las disciplinas históricas era todavía más rigurosa a comienzos del siglo xx. Por entonces, en Francia, en Inglaterra o en Italia, la erudición seguía haciendo buenas ligas con una historia más fiel a los modelos narrativos de las dos generaciones precedentes.

El despertar de la historiografía francesa gracias a la acción decisiva de Marc Bloch y de Lucien Febvre en el periodo de entreguerras es un hecho bien conocido. También el papel desempeñado por los *Annales* fundados en 1929 como una «tribuna libre» de una historiografía sin fronteras mucho más que como el órgano oficial de una escuela historiográfica aún por nacer. La acción de Bloch, de Febvre, de los *Annales*, se desarrolló en los años «Treinta» en dos niveles que, según nos parece, no se perciben hoy con una nitidez suficiente. Fueron ante todo los divulgadores de la historiografía extranjera en una Francia que, debido a las fatalidades ideológicas sufridas desde 1870, vivía encerrada en un nacionalismo científico moroso y esclerótico (¡pensemos en las confesiones epistolares de Maurice Prou a Pirenne sobre el dolor moral que para él supuso el aprendizaje de la lengua alemana!). Después —y con paso firme— militaron a favor de una historia más abierta, transgresora de las fronteras no solo políticas sino también epistemológicas. Su mérito es inmenso por haber sido los primeros en combatir con semejante conciencia de objetivos, medios y apuesta por una historia total cuyas posibilidades actuales nos disponemos ahora a medir.

## CONDICIONES

La primera condición previa que, a nuestro parecer, ha de plantearse como necesaria para el advenimiento de una historia total de la Edad Media depende de la existencia de una doble descompartimentación de la historia medieval.

## TODO ES DOCUMENTO<sup>1</sup>

ME siento feliz por prolongar aquí una reflexión entablada no hace mucho con Jacques Le Goff sobre las perspectivas teóricas de una historia total de la Edad Media<sup>2</sup>. Querría completarla ahora con algunas observaciones sobre los recursos documentales capaces de apoyar la práctica de esa historia.

Sin volver más de lo que sea necesario sobre las conclusiones a que llegamos en 1977, recordaré, sin embargo, que entonces nos parecía que el advenimiento de una historia total de la Edad Media está subordinado a una doble descompartimentación:

— a la desaparición, en primer lugar, de las fronteras internas que desde el siglo XIX se alzaron entre sus subdisciplinas constitutivas (historia del derecho, historia literaria y filología, historia del arte y arqueología monumental, las llamadas ciencias auxiliares, etc.);

1. Traducción de Rafael G. Peinado Santaella.

2. Jacques Le Goff y Pierre Toubert, «Une histoire totale du Moyen Age est-elle possible?», en las *Actes du 100<sup>e</sup> Congrès national des Sociétés savantes*, París, 1975, *section de philologie et d'histoire*, t. 1, París, 1977, págs. 31-44 [cf. la trad. esp., *supra*, págs. 9-26, por donde ahora se cita].

— a la descompartimentación, en segundo lugar, entre el «medievalismo» considerado como un todo y las otras ciencias sociales.

Sobre este particular subrayamos que «el problema esencial sigue siendo el de las relaciones entre la Historia y la antropología estructural, puesto que, en la medida en que aspira a ser total, la Historia no puede tener otro objeto que el de reconstruir estructuras»<sup>3</sup>. Insistimos también entonces en que el medievalista que persiga ese objeto no puede pensar en trasladar a su campo de investigación las herramientas que utilizan los antropólogos o los psicólogos, por ejemplo. Le corresponde elaborar su propio concepto de estructura, definida, de manera empírica e instrumental, como un conjunto de fenómenos coordinados e interferentes, y el papel del historiador consiste precisamente en dar cuenta de esas correlaciones e interferencias. En una palabra, el estudio de una estructura histórica debe responder a la triple exigencia de analizar la génesis, las funciones y las interacciones con las otras estructuras próximas. Al rechazar todo uso clasificatorio y acumulativo de la estructura, más que desconfiada respecto a una dialéctica simple entre infra y superestructuras, la historia total nos parece así que tiene como finalidad comprender las conexiones que en un momento dado existen entre todos los componentes estructurales de una sociedad. No es tanto, escribíamos entonces, en las mismas estructuras sino en sus particulares modos de articulación donde reside la originalidad de una época, de un medio, de una sociedad. Animado en todo momento por el viejo deseo de «resurrección integral del pasado», el medievalista tiene así hoy como tarea la reconstrucción de sistemas, en los que solo la identificación de estructuras globalizantes permite organizar la investigación y dar sentido a las formas particulares de cristalización de todo el campo histórico observado<sup>4</sup>.

3. *Ibid.*, pág. 15.

4. Véase el notable trabajo de Krzysztof Pomian «L'histoire des structures », en *La Nouvelle Histoire*, bajo la dirección de Jacques Le Goff, Roger Chartier y Jacques Revel, París, 1978, págs. 528-553; trad. esp.: *La nueva historia*, Bilbao, 1988, págs. 196-221, para el artículo de Pomian.

Convendremos sin dificultad que es en la historia regional donde se encuentran más fácilmente reunidas las condiciones prácticas de una historia total. Es en todo caso en algunos grandes estudios regionales donde debemos situar los primeros modelos realizados<sup>5</sup>. Está claro, no obstante, que el recurso al concepto de estructura globalizante permite superar una ecuación que lo reduciría a ser solo una forma inteligente de historia regional. Para el medievalista que persiga la totalidad, cualquier elección de objeto se justifica por la aptitud verificada del objeto escogido —acontecimiento o estructura— para proporcionar la clave que permita comprender el conjunto de los componentes estructurales de una sociedad. Por lo que hace a los acontecimientos, basta con evocar la brillantez con que la historiografía reciente ha sabido hacer de la batalla de Bouvines en 1214, con Georges Duby, o del homicidio del duque de Orleans en 1407, con Bernard Guenée, reveladores de historia total.

En cuanto a las estructuras, los ejemplos de éxito son todavía más abundantes. Tal forma de ocupación del suelo y de organización del espacio, tal estructura monetaria o judicial, tal realidad social, como la guerra, el trabajo, la familia, la enfermedad, la marginalidad, asumieron perfectamente su función de estructura globalizante al servicio de un proyecto de historia sin fronteras. En todos los casos, a fin de cuentas, la ambivalencia del objeto permanece intacta y una historia sectorial conserva todos sus derechos. Simplemente está permitido, con respecto a, por ejemplo, un fenómeno tan presente en una sociedad como la guerra en la España medieval preferir a una historia militar de la Reconquista, por bien hecha que esté<sup>6</sup>, intentos de historia total como los realizados por Elena

5. Sin ninguna duda podría situarse como cabeza de serie a Karl Lamprecht, *Deutsches Wirtschaftsleben im Mittelalter. Untersuchungen über die Entwicklung der materiellen Kultur des platten Landes auf Grund der Quellen, zunächst des Mosellandes*, 3 t. en 4 vol., Leipzig, 1886. Otro caso ejemplar de historia total guiada a partir de un estudio de los componentes estructurales de una sociedad regional: Otto Brunner, *Land und Herrschaft. Grundfragen der territorialen Verfassungsgeschichte Südostdeutschlands im Mittelalter*, Viena, 1939.

6. Por ejemplo en Salvador de Moxó, *Repoblación y sociedad en la España cristiana medieval*, Madrid, 1979, muy narrativo a pesar de su título.

Lourie y James F. Powers, en los que la guerra se considera como el eje de estructuración de las sociedades medievales ibéricas en su conjunto<sup>7</sup>.

Creemos que es en ese deseo de totalidad donde el historiador se acomoda a la imagen ideal que de él Marc Bloch trazó ya en su *Apologie pour l'Histoire*<sup>8</sup>. Si, según la imagen célebre de Bloch, merece compararse al «ogro de la leyenda», es sin duda por ese apetito desmesurado de objetos históricos. También por una búsqueda documental ilimitada, única capaz de apaciguar esa glotonería. La localización de todos los tipos de documentos a su disposición se presenta, en efecto, como la condición previa al inventario de las estructuras y a la comprensión de sus conexiones orgánicas. El ejemplo del mismo Marc Bloch en sus *Caractères originaux de l'Histoire rural française*<sup>9</sup> ilustra la tarea preconizada. En este libro demostró cómo la formación de un espacio rural francés había resultado de la imbricación, en el transcurso de los siglos, de tres grandes complejos de sistemas que calificó como «civilizaciones agrarias»: el *open-field* nórdico, el *bocage* del oeste y el ecosistema mediterráneo. Para definir dichas civilizaciones agrarias en su génesis, sus elementos estructurales y sobre todo sus márgenes vivos de interferencia, movilizó todos los recursos documentales y metodológicos que podían ofrecerse a un observador de los años veinte: desde las fuentes escritas más clásicas a las representaciones figuradas, desde la toponimia al folclore, desde el estudio de las tecnologías agrarias a la de los catastros, sin olvidar las aportaciones de ciencias entonces nacientes como la foto-interpretación aérea, la arqueología del territorio, la geografía de los paisajes rurales, la eco-museografía, etc. Empresa innovadora por su espíritu y sus recursos documentales, pronto reconocida como tal por otra parte, la

7. Elena Lourie, «A Society Organized for War: Medieval Spain», *Past and Present*, 35 (1966), págs. 54-76, así como James F. Powers, *A Society Organized for War. The Iberian Municipal Militias in the Central Middle Ages, 1000-1284*, University of California Press, 1988.

8. Trad. esp.: *Apología para la historia o el oficio de historiador*, edición crítica preparada por Étienne Bloch, México, 1998.

9. Trad. esp.: *La historia rural francesa: caracteres originales*, Barcelona, 1978.

obra de Bloch no ha perdido un ápice de su poder de estimulación. Invita a plantear en términos actuales el problema de las relaciones que el medievalista mantiene con una documentación variada cuyas ambiciones totalitarias le obligan repensar el concepto y los usos.

Se impone una constatación capital: aplicado a la tarea de restituir estructuras interactivas, el historiador se ve incitado en actualidad a tomar una conciencia cada vez más viva del carácter estructurado de la documentación de que dispone. Estamos lejos de las presunciones neopositivistas que conciernen a la inercia del documento, que se supone proporciona su materia bruta a una historia confiada en sus fórmulas de análisis crítico. A las viejas metáforas que señalan los «yacimientos documentales» o las «minas de información», se opone hoy la concepción actual de un más allá de la estructura en el documento, que, Jacques Le Goff y yo hemos propuesto resumir mediante la fórmula del documento-monumento: «El documento no es inocente. Es resultado de un montaje consciente o inconsciente de la historia, de la época, de la sociedad que lo produjeron ante todo, pero también de las épocas sucesivas durante las cuales siguió viviendo, aunque fuese en el olvido, durante las cuales continuó siendo manipulado, aunque fuese mediante el silencio. El documento es algo que permanece, que dura, y el testimonio, la enseñanza (por evocar la etimología) que aporta deben analizarse en primer lugar mediante una desmitificación de su significado aparente. El documento es monumento. Es resultado del esfuerzo de las sociedades históricas para imponer —voluntaria o involuntariamente— una determinada imagen de sí mismas en el futuro. No existe, apurando las cosas, el documento-verdad. Todo documento es mentira. Corresponde al historiador (...) en primer lugar (...) desmontar, demoler ese montaje, desestructurar esa construcción, y analizar las condiciones de producción de los documentos-monumentos»<sup>10</sup>.

10. Jacques Le Goff y Pierre Toubert, «¿Es posible una historia total de la Edad Media?», ob. cit., pág. 19.